

Leer con las ganas

por M^a Carmen Díez*

El siguiente artículo relata la experiencia llevada a cabo en el Centro de Preescolar Aire Lliure de Alicante. A partir de un primer



aprendizaje de las letras, los niños fueron participando en diferentes juegos tendentes a familiarizarse con ellas y con la lectura.

Recuerdo con mucho cariño un maestro que tuve, el profesor de literatura de 1^o de Bachiller, que tenía la buena costumbre de leernos en voz alta el último cuarto de hora de la clase.

Solía escoger libros «de verdad», es decir, enteros, con argumento, interesantes... y en más de una ocasión, los más adictos no teníamos más remedio que comprárnoslos para acabarlos de leer en casa, por no poder resistir la ansiedad de la espera. Y es que resultaba tan corto el cuarto de hora, como apasionantes las palabras que nos llegaban envueltas en su profunda voz. A veces, entre libro y libro, nos leía algún poema, un romance o un cuento. Creo que fueron esos cuartos de hora, bruscamente interrumpidos por el timbre, los que nos abrie-

ron el apetito, de tal manera que aún hoy día, a mí, se me han quedado las ganas.

Lo que también es verdad es que todo este lujo de palabras me llegó después de una larga trayectoria de escuchadora de los cuentos de mi madre, de las viejas canciones de mi abuela, y de los innumerables tebeos que me dejaban leer —¡gratis!—, en el quiosco de una vecina.

Allí, sentada en la banquetita que usaban para alcanzar los estantes altos, me pasaba los domingos por la mañana, leyendo ávidamente la pequeña Lulú, Supermán, Zipi y Zape... y tantos más.

Y es que cuando las palabras se reparten como un postre, un disfrute, una suerte, no cabe duda que dejarán un poco de gozo y de ganas de más, que forjarán, según he comprobado en mi experiencia y en la práctica pedagógica, seguros y amantes lectores para toda la vida.

Jugar con las letras

Lo que sobre todo interesa es cargar las tintas en lo placentero del momento, y no llenar de exigencia, miedo o dramatismo un aprendizaje que,

Las colecciones con Duende, abiertas a la lectura

aunque más largo que otros, puede estar lleno de satisfacciones y de riqueza. Hay que provocar al niño a jugar con las palabras, a disfrazarlas, a imitarlas con el cuerpo, a darles vueltas hasta marearlas, a «perderles el respeto».

Plantearse, en fin, que el conocimiento de las letras ha de suponer para él una búsqueda más. Como cuando busca argumento para un cuento o puntería para acertarle al blanco. Como cuando recoge las hojas, piedras o insectos. Buscará las letras como lo busca todo, excitadamente, con ansia y entusiasmo. Y las irá comparando unas con otras, las coleccionará, las pintará en la tierra, las intentará reconocer en los nombres, los rótulos, los anuncios, los libros. Las cortará, repetirá, y adornará, las revestirá de afecto y de celebración... porque tendrá despiertas las ganas.

Una bonita colección de palabras

Así, este curso, se ha dado curiosamente que la primera palabra que han aprendido ha sido inglesa: *car*, al venir Mireia una mañana de octubre diciendo: «Pero, ¿cuándo nos enseñas ya a leer?», y salir Luis al quite: «Pues yo ya sé algo de eso, mi mamá se llama *Cari*, y si le quito la última, es *car*, que es 'coche' en inglés».

A todos les gustó la palabrita y la quisieron escribir en la pizarra. Alguien propuso: «Apúntala, que no se nos olvide», y otro amplió la propuesta: «Podíamos coleccionar palabras». Rápidamente Alberto dijo: «Pues apunta *fin*, que ya la sabemos». Siguió Ignacio: «Y *Berni*, el elefante del cuento». Adri sentenció: «Pues ya tenemos tres para empezar», y Carlos señaló: «No, cuatro, que falta *ñu*, que es con esa letra que lleva sombrero».

Así se inició una chocante colección de palabras, cada una de las cuales traía una cola de lo más variopinto. Aún no habíamos empezado ni con las vocales, ya que solemos hacerlo en enero, pero el interés era tan grande,



que me vi obligada a comenzar, mientras veía aumentar día tras día la lista de palabras en la puerta del armario de clase.

Algunas de ellas:

- *Coco, caca*: la primera sale en un cuento y Carlos pide que la apunte, añadiendo que él la tiene con *a*: *ca*. Así sale *caca*.

- *Peo*: a propuesta de Beatriz, que la escribe con una enorme *o*.

- *Si, no*: vienen a cuento de *si* come Paula o *no*.

- *Hipo, Hipa, Titi*: son las protagonistas de una historia que leemos, les hace mucha gracia que la *h* sea «muda».

- *Teta*: con dibujo ilustrando el significado (Antonio).

—*Kin Kon, Superman, Batman, He-man, Ete, Dino, Mumo...*

Nuestro particular alfabeto

Pasó un tiempo y, a pesar de seguir coleccionando palabras, y de haber iniciado con urgencia el proceso lector, parecían no tener suficiente. Ya habían aprendido vocales, «la familia» que traía la palabra generadora *papa* (*pa-pe-pi-po-pu*) y sus combinaciones. Estábamos «presentando» la siguiente «familia», de la mano de *mama*, cuando se oyeron las quejas expresadas por Antonio: «Pues sí que tardamos en leer...», y Mireia: «Sabemos muy pocas letras aún...». Varios apoyaron la moción: «Sí, es verdad, qué poco sabemos...». Me vi retada a *demostrar* que sabían bastante más de lo que parecía, y les dije que el alfabeto sólo tenía veintiocho letras, y que ellos ya conocían muchas por sus

LA PRÁCTICA

LA PRÁCTICA



nombres y por las palabras de la colección. Ignacio dijo: «A ver, a ver cuáles son las veintiocho»... y fue cuando me metí en el lío de saltarme del todo lo previsto, y en lugar de ir «familia por familia», como otros años, me vi escribiendo el alfabeto entero en la pizarra. Fueron reconociendo casi todas las letras con enorme satisfacción por su parte —y por la mía—, las «bautizaron» a su modo, y me pidieron un papel largo para «escribirlas todas y verlas todos los días».

Las pocas letras que no conocían, y que yo no quería ni nombrar para no dificultarlos (la *q*, la *ch*, la *k*...), o las sabían por algún motivo («La *q* de Raquel —dijo David—, mi mamá»), o les gustaron tanto que se las aprendieron rápidamente. Es por eso que decía al principio, que lo más importante no era el método, sino una buena maduración previa, y por supuesto *las ganas*.

El «nuevo» alfabeto

- A Sin comentarios, la saben.
- B «La de *Bea*», dicen. Alberto reclama: «Y mía».
- C «La de *coco, car, Carlos, caca*». «Y yo», dice Ignacio.
- D Dani y David se ponen de pie. Otros que la tienen, igual.
- CH Les digo: «Ésta está hecha de dos letras juntas, pero ya la aprenderéis más adelante, es un poco rara. «Pero, cómo se llama?», me insisten. «Es la “*ch*...” (hago el sonido), sirve para decir *chocolate*.»
- E Casi todos: «La *e*».
- F «La de *fin*».
- G Angeleta e Ignacio levantan la mano y él dice que se escribe como un caracol, erigiéndose en maestro y experto de esta letra.
- H «¡La muda!»
- J «Ésta suena chocante, poneos la mano en la garganta *jjj*...» Ale-

- jandra la reconoce en su nombre, y David en Julio, su papá.
- K La de Kin Kon.
- L Luis grita: «¡Soy yo!».
- LL «¡Está repetida!» «Mi apellido es *Bello*.»
- M «La de Mireia», «La tuya».
- N «La de *no*.»
- Ñ «La de *ñu*.»
- O La nombran todos.
- P *Pau* y *Paula* aplauden, y algunos dicen: «*Papa* la lleva».
- Q «Ésta es un poco difícil.» «Pues no, mi mamá la tiene: *Raquel*, y es como la *o*, con un palito».
- R Xavier y Alejandra dicen que la tienen, y otros más. Yo digo: «Suena *rrr*», y se ponen todos a hacerlo. A los que no pueden, les aconsejan: «Pues ve a Graciela (logopeda) y que te enseñe».
- S «La de *si*.» «Y de Supermán», Dani. «Parece una serpiente», dice Bea.
- T «La de talleres.» «Y de Adriana Torres.»
- U «Ésta está en *ñu*, en *Pau*, *Paula* y *Luis*.»
- V David y Xavi levantan la mano.
- W Ésta es la *v* doble, que se usa en inglés. «Pues mi madre lo sabrá, que es “señorita de inglés”».
- X «La *x* de Xavi.» «Sí, que es una cruz y si te doblas, sale *X*.»
- Y «Ésta no la sabéis, es la *y* griega.»
- Z Beatriz dice: «La tengo al final». Antonio: «Es la del zorro». Carlos: «Y está en *Zoo*, por eso me gusta a mí».

Ale... ¡a leer!

La marcha lectora es apoteósica. Cada cual a su ritmo se busca lo que le es más interesante. En general, cualquier letra les «apetece», recogen todo lo escrito como un tesoro, «notan» las letras en las palabras, recopilan datos de los botes de conservas, de los periódicos, discos... Hay quien aporta continuamente y quien está más remiso, pero todos lo viven con intensidad.

Dos colecciones con Duende, abiertas a la lectura



EL DUENDE VERDE

Historias ilustradas para niños

Autores:

Pilar Mateos

Carles Cano

Concha López Narváez

Juan Farias

José Antonio del Cañizo

Alfredo Gómez Cerdá

Montserrat del Amo

Jordi Sierra i Fabra

José Luis Olaizola

Fernando Alonso

Consuelo Armijo

Joan Manuel Gisbert

Carmen Vázquez-Vigo

Joaquín Aguirre Bellver...



ESPACIO ABIERTO

Libros para dialogar con los jóvenes

Autores:

Andreu Martín

Jaume Ribera

Pep Albanell

Manuel L. Alonso

Joaquim Carbó

José Ferrer Bermejo

Mercè Roca

Juan Sasturáin

Carlos Villanes

Jaume Fuster

José María Mendiola

Francisco Satué...

ANAYA



Hay «especialistas» en letras determinadas, las han elegido, son sus preferidas. Así David con la *ll*, Carlos con la *ñ*, Alberto con la *h*...

Otros se dedican a imitarlas con el cuerpo mirándose al espejo. (Salen unas *x* preciosas con las piernas y los brazos abiertos, por ejemplo.)

Hay quien se dedica a ponerlas «al derecho» o «al revés» como la *e*, que mirando hacia arriba eran los dientes de un conejo para Xavi; mirando hacia abajo, «un puente» para Ignacio; al revés «como un peine roto», según Mireia; y medio inclinada, «voladora» para Ana.

Uno a uno disfrutan con la búsqueda:

—He encontrado una *x* en *Tiranosaurus rex* (Carlos).

—Mira, una *s* con *spaguettis*, la de Supermán (Dani).

—En semana pone Ana (Ana).

—Y aquí: *valenciana*, pone Ale y Ana (Alejandra).

—Carlos tiene Car, y Carnívoro, y Carmen (David).

—Sun es una marca de pipas.

—Pau comenta:— Mira, la de *sí*, y la *u* y la de *no*.

Ariadna trae un folio escrito por ella: «*las rebajas*».

Varios niños hablan a la hora de comer sobre si *r* o *rr*.

Me acerco y les pregunto: «Pero, bueno, y vosotros, ¿cómo habéis aprendido ya a leer?».

Las respuestas son «históricas»:

—Yo en los letreros de los autobuses y en los carteles. Bueno, es que he aprendido... sin aprender... No sé cómo lo hago, pero sin saberlo «de antes», lo miro, lo pienso... y leo (Xavi).

—Pues yo creo que en mi casa, pero no lo sé seguro.

—A mí me parece que será porque mi mamá me lee mucho (Alberto).

—Yo me fijo bien, y luego leo (Antonio).

—Es que tengo tantos libros, que allí puedo ver las palabras que quiera y las que me gustan a mí, que son las de animales y dinosaurios (Carlos).

—Yo para leer pongo la boca como suena la letra... y la digo (Adri).

Y es que esta vez *los generadores* han sido los propios niños, tanto en el momento de comenzar la andadura lectoescritora, como en el ritmo de aprendizaje, y, por supuesto, en la amorosa elección de sus palabras preferidas —auténticas generadoras por la carga de afecto e interés que traían consigo—.

Se han puesto en juego todos los elementos imprescindibles para aprender: el deseo, la maduración previa, el trabajo en grupo, el sentimiento de apoyo de la familia y la escuela y el placer de ir consiguiéndolo.

Sí, realmente, Ana tenía razón en su pequeño poema, compuesto al oír el de García Lorca:

«Cayó una palabra, y dos y tres por la luna nadaba un pez.» ■



* M^a Carmen Díez es profesora del centro de Preescolar Aire Lliure, Cooperativa La Llar (Alicante).